

— Señora Ubiarco, señora Ubiarco.

— Sire...

— ¿No es verdad que usted tiene la cuenta de lo que Bazaine gana diariamente como producto de sus concusiones?



— Sire, no tengo semejante cosa.

— Debe de ser entonces la dama Pacheco.

— Quizás, Sire...

Siguieron los dos austriacos hablando en su jerga endiablada y yo pedí permiso para retirarme. No tardó en anochecer ni en servirse el refrigerio que nuestros estómagos apetecían.

Nos sentamos á la mesa los de la comitiva, y el Emperador cenó solo en su cuarto. Luego que se hubo recogido, salió Tüdos, el criado dalmata que le servía, y dió un papel á Kodolitsch, que después de leer cuidadosamente, dijo en francés:

— Insiste, insiste en abdicar.

— Pero eso no es posible, exclamó pálido Fischer.

— No lo es, y sin embargo, tiene ya escrita el acta.

— ¿Y va á abdicar en Orizaba? preguntó Pradillo.

— ¡Qué Orizaba, ni qué Orizaba! en Zoquiapan.

— ¿En Zoquiapan?

— En Zoquiapan.

— ¡Si es un acto político importantísimo!

— ¡Si es lo más trascendental que podía acontecer!

— Pues insiste.

— ¿Pero qué razón da?

— Una sola, respondió Basch, que honra al hombre, pero que no coloca en el mismo punto al soberano: que no quiere que se derrame más sangre por su causa.

— Pues es la manera de reavivar la guerra civil.

— Y las represalias.

— Y el derramamiento de sangre.

— Y las venganzas.

— Que, naturalmente, se atribuirían al Emperador.

— Es claro.

— El Emperador debe abdicar á bordo de un navío de guerra y en alta mar.

— Debe abdicar á la salida de los franceses.

— Cuando esté libre de toda presión.

— No debe abdicar.

— Sí debe abdicar.

— Es el caso, señores, dijo Kodolitsch, que tengo orden

de Su Majestad para comunicar esta misma noche la abdicación á la escolta austriaca: Su Majestad quiere continuar su viaje como simple particular.

Todos guardamos silencio, y entonces Fischer, con su gesto habitual de alzar los ojos al cielo, poniendo una mano regordeta en el mantel lleno de relieves de la mesa, cogiendo con la otra mano la taza del café y con actitud de quien va á rezar el *benedicete*, empezó así:

— Si se permitiera á un pobre sacerdote exponer su opinión, yo me atrevería á decir lo que pienso, aunque embargado por el natural temor que me causa la presencia de tantas personas capaces de resolver mejor que yo estos puntos tan arduos...

De seguro aguardaba el padre una frase de aliento; mas como nadie movió la boca en espera de lo que iba á exponer el alemán, éste continuó:

— Si no he notado mal, los pareceres se hallan divididos en esta reunión, de manera que los señores austriacos, compatriotas de Su Majestad, están por la abdicación en plazo más ó menos distante, mientras que los mexicanos opinan porque Su Majestad no abdique y continúe en el país. ¿Quién tiene razón? Los dos partidos. Los unos procuran la conservación de la vida de Su Majestad; los otros tratan de guardar incólume su honor... Los que quieren que el hermano de su Emperador no corra peligros mayores de los que ha corrido ya, tienen mucha razón; los que

quieren dejar limpia como un cristal la honra de un príncipe caballeresco, tienen también grandísimas y muy atendibles razones...

Todos estábamos suspensos, aguardando la resolución definitiva que propondría el astuto capellán; pero Fischer no se daba por entendido y continuaba exponiendo su tesis con toda calma, sin hacer más movimiento que llevar la mano derecha del pecho á la mesa, de modo que parecía un autómeta.

— Pero esta misma división de opiniones, los móviles tan respetables que por una y otra parte se pueden aducir, lo trascendental del acto y la conveniencia de discutirle con amplitud, ¿no están indicando suficientemente que Su Majestad no debe atenerse á su propio dictamen, ni al dictamen de los leales, pero contados amigos, que hoy están á su lado? Yo, si mi pobre parecer debiera tomarse en cuenta, opinaría porque el Emperador consultara con sus Consejos, porque oyera las opiniones de las gentes que conocen mejor que nosotros las circunstancias y la manera de ser del país. Tiene entre sus ministros varones doctos y prudentes que pueden ilustrarle, que pueden señalarle nuevos caminos, que pueden conciliar, en fin, lo que austriacos y mexicanos, militares y civiles, sacerdotes y seglares, queremos conciliar sin lograrlo: el mantenimiento del crédito y la honra de Su Majestad y la salvación de su vida...

Comenzamos á mirarnos **todos**, comunicándonos sin hablar que nos satisfacía aquel **temperamento** medio propuesto por el buen Fischer.

— A Su Majestad le **preocupa**, siguió el padre (y eso honra no sólo á su condición de **hombre** bueno, como decía el doctor, sino también á su **excelente** corazón de soberano), le **preocupa**, digo, el que se **derrame** sangre por su causa y en verdad que tiene mucha **razón**; pero para impedir que la sangre se derrame no **necesita** abdicar: quizás abdicando, ya sin autoridad, esté **más** que nunca atado de manos para impedir los **crímenes** que sobrevengan.

— Tiene razón.

— Bien dicho.

— Lo que yo decía.

— Está claro.

— Pues bien, para el caso **bastará** con que el Emperador mande derogar la ley **dé** tres de Octubre, que ha dado margen á tantos abusos, y que, respecto de la abdicación, convoque á sus **consejeros**, para que ellos le indiquen no sólo lo más **honroso** (que eso Su Majestad lo conoce mejor que nadie), sino también lo más **político** y lo más **conveniente**...

— Bien, dijo el coronel austriaco, todo eso es **maravilloso**; pero como yo tengo orden del soberano para comunicar á la escolta, á las **doce** de la noche en punto, su determinación de abdicar, y como van á ser las **doce**, en

este momento mando tocar **asamblea** y salgo á avisar lo que me ordenaron.

— Eso sería empeorar las cosas.

— Ya no tendría remedio.

— La abdicación sería un hecho.

— Y el Emperador no podría volver atrás.

— Ni aun queriendo.

— Es mi deber, señores, observó el militar levantándose del asiento.

— Tiene mucha razón el señor coronel, concluyó el taimado Fischer, poniendo los dedos de la mano derecha en actitud de dar la **comunió**n; el militar debe ser esclavo de la disciplina, que es la base del buen gobierno y hasta de la subsistencia de los ejércitos; pero hay un medio de que ni él desobedezca las órdenes de nuestro ilustre Emperador, ni menos se realice un acto que no me atrevo á calificar de **desacertado**, pero sí de **precipitado**: que todos nosotros, considerando el bien que puede traer la **deliberación** madura y firme de este negocio, nos resolvamos á tomar sobre nuestros hombros la **responsabilidad** que podría venirle á tan digno militar, y que llegado el caso le expliquemos al Emperador, con la **lealtad** y el amor de súbditos fieles, que somos los **únicos** culpables de este paso y que recibiremos el castigo que quiera imponernos por haber violado sus reales órdenes. Si mañana, al levantarse, insiste Su Majestad en la abdi-

cación, se comunicará á quien deba comunicarse y *pax Christi*.

— Excelente, dijo Arroyo.

— Bien dicho.

— Muy bien pensado.

— Pues si ustedes se hacen responsables...

— No solamente los hombres, sino aun la señora se obliga á responder por usted ante Su Majestad.

Así quedó destruída la determinación que habría salvado la vida de Maximiliano, debido á la labia de Fischer y á la debilidad del que tenía que cumplir las órdenes que habrían dado fin á aquella situación absurda.

Al día siguiente Maximiliano salió alegre y bien dispuesto á tomar su desayuno en el comedor de la hacienda.

— Salud, señora Ubiarco; dormí bien á pesar de que la calentura me dió á la media noche... Hay novedades, grandes novedades y ya se las comunicaré... No crea usted que sin maquiavelismo me la he traído por acá: nos embarcamos para Europa, que al fin tengo á mi disposición la fragata *Dandolo*, y pronto estaremos en aptitud de atender á la Emperatriz. Usted será no su enfermera, sino su amiga, y nos acompañará cuando ella esté sana... Ya verá usted qué días pasamos en Miramar; ya verá qué inviernos en Viena; ya verá qué temporadas en todas las ciudades europeas, lejos de negocios y de ahogos...

Me parecía, oyendo al Emperador desenvolver aquel tema, ver á don Quijote empeñado en dejar el ejercicio de las armas y meterse á pastor en compañía de Dulcinea, Sancho, el cura y el barbero... Mas poco duró la buena impresión del príncipe; no tardaron en salir Kodolitsch, Fischer, Bilimeck, Basch y Schaffer, que empezaron á hablarle en alemán. Aunque yo no entendía una palabra de la conversación, mirando los rostros y las actitudes me daba cuenta de todo lo que se decía mejor que si estuviera oyéndolo en el más claro y lindo español. Fischer estaba más uncioso y recogido que nunca: la acción de unir el pulgar y el índice con ademán de tomar la hostia ó de coger un polvillo muy sutil, daba idea de lo demostrativo que andaba el tiempo. Kodolitsch estaba como humillado y se defendía con timidez; Basch, Bilimeck y Schaffer argumentaban con calor.

Maximiliano mostró primero sorpresa, luego expectación y al fin conformidad, dejando caer las manos en actitud de quien no tiene para defenderse ni voluntad ni carácter.

— ¡Ah, pastor Quijotis, pensé, qué equivocado estabas y cuán lejos de la realidad! No contabas con el pastor Curiambro, y hacías calendarios que no te habían de resultar. Nada de darnos buena vida, amo mío. Nada de chumbelas ni de gaitas zamoranas, ni de tamboriles, ni de

sonajas... No te llegarás á quejar de ausencia, ni yo de firme enamorada y de ferida de punta de celos, ni llegaré á hacer polidas endechas, ni migas, ni natas, ni guirnaldas, ni zarandajas pastoriles... Sería tiempo aún si pudieras reaccionar contra el enemigo exterior, la astucia, y contra el interior la debilidad; pero no has de conseguirlo aunque lo pretendas...

A poco, luego que los carruajes estuvieron listos, continuamos nuestro camino. El Emperador, cubierto con un sobretodo claro y con un ligero sombrerillo blanco, quiso andar á pie y nos invitó á Bilimeck y á mí para acompañarle.

— Por supuesto, me dijo, que mi propósito es siempre el mismo: me marchó á Europa después de abdicar ó para abdicar allá: todo está arreglado y no me vuelvo atrás de mis determinaciones. Soy muy enérgico; ustedes y todo el mundo conocen lo inflexible de mi férreo carácter; pero también tengo que atender razones y que proceder de acuerdo con el interés público: es mi deber de soberano... Pero, descuide usted, nos iremos á Europa... Quisiera, caro Bilimeck, encontrarme con esos infatuados naturalistas ultramarinos que hablan de las cosas de acá sin haberlas saludado siquiera. Sin alejarnos del maguey, que tenemos á la vista, podemos hallarle á esta planta más de treinta aplicaciones distintas, ignoradas de los botánicos de allende el Océano... La sábila y el



... nos invitó á Bilimeck y á mí para acompañarle.